

El Complejo Cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco Cantábrico.

The Upper Neolithic-Bronze Age in the Northern Basque Country.

Javier GORROCHATEGUI*

María José YARRITU*

RESUMEN

Desde el Neolítico Final a la Edad del Bronce reconocemos en el área cantábrica del País Vasco una serie de manifestaciones culturales: dólmenes, túmulos, cuevas de habitación, cuevas sepulcrales y poblados al aire libre. Estos restos de la actuación humana nos hablan de un poblamiento básico al aire libre, aunque se siguieron utilizando las cuevas. El único poblado al aire libre excavado en la zona hasta la fecha, Ilso Betaio, se localiza en una zona de montaña, a 712 m. de altitud. Consiste en una serie de fondos de cabaña pedregosos, circulares, de unos 8 m. de diámetro, con un hogar central excavado en el terreno. El fenómeno más original de esta época es el constituido por el megalitismo, durante el cual se ocupan las diversas alineaciones montañosas desde 200 a más de 1000 m. de altitud. Esta ocupación constituye un verdadero proceso de colonización con la extensión de tierras agrícolas y pastizales a costa del bosque. La secuencia cultural dista mucho de ser conocida con detalle pues las excavaciones realizadas hasta la fecha son escasas y los testimonios materiales a menudo poco relevantes. Constatamos una primera etapa microlítica durante la 2ª mitad del cuarto milenio a. de C. (Neolítico Final) a la que sigue otra con puntas de flecha foliáceas (y posteriormente de aletas y pedúnculo) durante el Calcolítico, ya en la 2ª mitad del tercer milenio. La etapa campaniforme, yuxtapuesta o no a la anterior, apenas está representada, como los metales correspondientes al Bronce Antiguo o Medio (ya dentro del 2º milenio). Sin embargo, presuponemos que a medida que se realicen nuevas excavaciones se irán determinando de manera más fidedigna estas etapas finales del complejo cultural aquí abordado puesto que el País Vasco cantábrico ha demostrado ser a lo largo de la historia una zona sometida a diversas influencias exteriores.

SUMMARY

From the Upper Neolithic until the Bronze Age a series of cultural facts are recognized: dolmens, tumuli, habitation caves, sepulchral caves and open-air sites. These remains of human activity reveal a basic open-air population even though caves continued being used. The only open-air excavated for the time being, Ilso Betaio, is located on a 712 m. It consists of several circular stone-made hut floors with an 8m. diameter and a central excavated on the ground hearth. This period's most original culture is the megalithic one during which 200m. to more than 1000m. high mountain ranges are populated. This occupation sets up a real process of colonization with an extension of pastures an agricultural lands at the expense of forest. The cultural sequence is far from being well known due to the lack of excavations and to the generally not very outstanding material evidences. We note a first microlithic period during the second half of the fourth millennium B. C. (Upper Neolithic) followed by another one with pressure-flaked arrowheads (and tanged-and-barbed ones later on) during the Chalcolithic (second half of the third millennium B. C.). The Bell Beaker Culture, juxtaposed or not to the previous one as well as the late and Medium Bronze metals (second millennium B. C.) are scarcely found. Nevertheless, excavations will determine the final periods of the cultural complex because the Northern Basque Country proves to be during history a various foreign influences receiving area.

INTRODUCCION

Al abordar este artículo debemos en primer lugar considerar el marco geográfico y el período cronológico y cultural que son los objetos del mismo.

La etapa que aquí consideramos no es tanto un período concreto con los límites perfectamente definidos como un largo período cultural que se entronca entre dos grandes fenómenos: la Revolución Neolítica y la migración de pueblos indoeuropeos del Bronce Final-Hierro. A partir de esta constatación debemos definir los contenidos durante esta larga etapa

pa y confrontarlos con los de las áreas geográficas colindantes. Sin embargo, en este intento de definición cultural nos encontramos con una serie de dificultades que nacen del propio proceso de investigación, añadidas a las limitaciones de la arqueología como ciencia interpretativa del pasado.

El marco geográfico que tratamos, la zona cantábrica de Euskalherria, restringe en cierta forma la visión general sobre esta etapa si bien nos permite buscar una serie de coherencias en una zona geográfica con ciertos elementos de homogeneidad. Entre ellos el más significativo es el medio físico que incluye una cierta diversidad de medios naturales, desarrollados entre la montaña y el valle.

* Asociación HARRIBALTZAGA Elkartea.
Avenida Universidades 6, 48007 Bilbao.

Sabemos, a partir de la consideración de un modelo histórico, que las sociedades humanas son el producto de una articulación social a las posibilidades de un medio geográfico pero también que las respuestas de un grupo cultural determinado pueden ser variadas y encontrarse desarrolladas en medios geográficos diferenciados. Desgraciadamente en la mayoría de los casos y, evidentemente en el que ahora nos ocupa, la arqueología no puede sino constatar actividades diferenciadas o artefactos relacionables con actividades diferenciadas, por lo que determinar a partir de ahí áreas culturales resulta muy problemático, considerando también que la reconstrucción del modo de vida de una comunidad a partir de la constatación de una parte de la cultura material es empresa sumamente arriesgada. En realidad, una y otra vez debemos aplicar modelos interpretativos de etapas históricas posteriores, con el riesgo consiguiente si nuestro conocimiento de ellas es igualmente limitado. Por ejemplo se asocian las construcciones megalíticas de las montañas a sociedades ganaderas porque sabemos que esa ha sido la dedicación de las zonas montañosas hasta nuestros días, aún sin poderlo constatar materialmente.

Además, una sociedad determinada no sólo es el producto de una respuesta colectiva al medio en el que vive o trabaja sino que esa respuesta viene mediatizada por la evolución de esa sociedad en el lugar donde se asienta con anterioridad. Esto significa que no se puede tener una comprensión global sobre este complejo cultural del Bronce sin saber fehacientemente lo ocurrido durante el Neolítico en ese marco geográfico que nos hemos planteado. Ni que decir tiene que sobre el proceso de difusión de las formas culturales de la revolución neolítica en el País Vasco, nuestros conocimientos son más escasos que sobre la etapa posterior.

Deberíamos considerar también cuales son las manifestaciones culturales de esa llamada «Edad del Bronce» y su desarrollo temporal. De esta etapa conocemos algunas manifestaciones culturales y algunas zonas geográficas que son sólo una muestra, sesgada, de todas las actividades y construcciones realizadas por mujeres y hombres. Esas manifestaciones son: dólmenes y túmulos, es decir estructuras funerarias al aire libre, enclavadas en su casi totalidad en las zonas montañosas; cuevas sepulcrales, localizadas lógicamente en paisajes calcáreos de valles y montañas; asentamientos al aire libre, en el marco de las alineaciones montañosas (y algunos en el valle); cuevas de habitación, cuyo número es obviamente muy escaso. Si conocemos estas manifestaciones es porque se nos han conservado, con más facilidad en los montes que en los valles, don-

de las actividades de transformación del medio han sido mucho más relevantes y las construcciones aprovechando los materiales de las precedentes numerosas y porque las cuevas han conservado con mayor frecuencia las actividades realizadas allí por el hombre. Además, los escasos proyectos de prospección realizados hasta el momento se han circunscrito a comarcas determinadas o a tipos concretos de manifestaciones.

Los fenómenos funerarios y de habitación característicos del complejo cultural de la Edad del Bronce no se circunscriben a esta etapa cultural concreta sino que abarcan desde el Neolítico Final, pasando por el Calcolítico hasta al menos el Bronce Medio. En realidad los términos de la evolución están sin concretar a causa de nuestro escaso conocimiento tanto sobre el Bronce Final o la Edad del Hierro como del Neolítico en este área. La investigación sobre estas etapas se puede decir que ha comenzado en esta década por lo que solo podemos emplear una serie de datos puntuales sin que tengamos posibilidades todavía de ofrecer una interpretación global.

Cada tiempo de la investigación debe desarrollar una forma de acercarse a los restos del pasado, de registrarlos y de interpretarlos, inevitablemente diferente de otras elaboradas en tiempos distintos, pasados y futuros. Por lo tanto al abordar una investigación global deben considerarse las hipótesis de trabajo planteadas previamente y reformadas en el propio proceso de constatación de restos materiales y de interpretación de los mismos y las condiciones en que éstas se han ido poniendo en práctica.

En la interpretación de los restos materiales nos debemos quedar no sólo con el establecimiento de la secuencia cultural, que es en primer término la evolución de los tipos industriales y en segundo término la de los modos de vida, sino que se debe ir más lejos intentando conectar los hechos del pasado con los del presente o con otros más lejanos aún. Para ello hay que establecer una serie de pautas estructurales que vienen dadas por el medio natural y por las respuestas humanas dadas al mismo. Para ello también hay que establecer la interrelación entre las formas que adopta la cultura material y las elaboraciones sociales, las dos caras que adopta toda cultura.

Cuando nos acercamos al pasado de este territorio observamos ciertas pautas de comportamiento que son constantes a lo largo de su desarrollo histórico. Estas pautas se refieren naturalmente a elementos genéricos de la relación del hombre con la Naturaleza en cuanto donante de recursos. Observamos así un largo y continuo proceso de deforestación con el objeto de transformar el medio bos-

coso en tierra de pastos y agrícola. Y también podemos constatar la interrelación de medios geográficos diferenciados pero colindantes unos con otros. Así, el País Vasco Cantábrico aparece localizado entre el N. y el s., entre la llanura aquitana, el valle del Ebro y la Meseta. Es decir, que aparece caracterizado como un área sometida a influencias diversas a lo largo de la historia. Estas pautas que explican la relación del hombre con el medio circundante deben ser consideradas estructuras de interpretación en donde los hechos materiales concretos cobran su verdadera dimensión puntual.

EL POBLAMIENTO

A partir de la distribución en el espacio de los diversos tipos de yacimientos considerados anteriormente debemos plantearnos las modalidades de poblamiento durante la época.

La problemática del poblamiento ya fue abordada en las diversas interpretaciones generales que se han realizado sobre esta época en el País Vasco. Así, BARANDIARAN, JOSE MIGUEL 1962, 24 p., planteó que la habitación en el Eneolítico se realiza al aire libre, mostrando el camino para cualquier proyecto futuro de investigación: «Las cuevas eran habitadas como antaño... pero también lo eran muchas cabañas al aire libre... según nos lo prueban los fondos de vivienda, como el que hubo junto a la ermita de Santimamiñe (Cortézubi)...». Incluso fue más lejos aún exponiendo con una gran clarividencia que «... Puede decirse que el pastor tenía su tumba o dolmen junto a su vivienda...» (op. cit., 24 p.).

Las investigaciones posteriores sin embargo no abordaron la investigación en ese sentido, limitándose al estudio del fenómeno funerario en su doble vertiente, en cuevas (excavaciones abordadas especialmente en Vizcaya por J. M. APELLANIZ y E. NOLTE) y en dólmenes y túmulos (excavaciones llevadas a cabo en Vizcaya y Guipúzcoa por J.M. APELLANIZ y J. ALTUNA). Es en la última década cuando se ha retomado la investigación en Vizcaya en la línea expuesta anteriormente de estudio del poblamiento al aire libre, además de continuar profundizando en el fenómeno funerario.

Las tesis de asociar a la población del territorio con las cuevas llevó a la formulación de las sociedades asentadas en el mismo como «población de cavernas», v. APELLANIZ, J.M. 1975, 22 p., recalcando el papel preferente de las cuevas tanto como lugares de habitación como sepulcrales. Sin embargo los datos aportados sobre los diferentes tipos de yacimientos no refrendan esta interpretación: 125 estructuras de enterramiento al aire libre (dólmenes y túmulos) y 55 yacimientos sepulcrales y de habita-

ción en cueva (op. cit. 23-26 pp.). Este cuadro lo podemos ver confirmado en la Carta Arqueológica de Guipúzcoa, v. ALTUNA, J., MARIEZKURRENA, K., ARMENDARIZ, A., DEL BARRIO, L., UGALDE, T. y PEÑALVER, J. 1982, pues en ella aparecen 31 cuevas sepulcrales y 150 estructuras de enterramiento al aire libre (dólmenes y túmulos, sin contar con los conjuntos de cromlechs y túmulos o las dos cistas catalogadas). El hecho de que haya 34 cuevas con yacimiento presumiblemente de esta etapa (pues la mayoría están sin excavar) por solo 7 yacimientos al aire libre nos indica solamente que no se ha prospectado suficientemente este último fenómeno.

Consideramos que a lo largo de todo el proceso histórico de ocupación del medio cantábrico (que comienza al menos en el Paleolítico Medio) se han construido habitaciones (cabañas) al aire libre, al tiempo que se han habitado las cuevas allí donde estas se podían encontrar. Al respecto hay que considerar que aproximadamente el 10% de la superficie de Bizkaia está ocupada por materiales calcáreos, existiendo amplios valles en los que no se da ni la más leve muestra. En algunos de éstos sin embargo aparecen otro tipo de manifestaciones funerarias (como dólmenes y túmulos o asentamientos al aire libre) y aún cuando los datos de habitación sean muy fragmentarios e incluso inexistentes nos atrevemos a plantear que debieron tener una rica vida en el pasado. Hay que observar también que las cuevas de habitación en Bizkaia son escasas puesto que las comunidades que existían en la época debían ser más numerosas que durante la sociedad cazadora y no resultaría fácil encontrar una cueva con las condiciones suficientes de dimensiones y habitabilidad para una comunidad relativamente más numerosa. Quizá por eso constatamos numerosas cuevas que en la actualidad por orientación y (relativamente) por dimensiones podrían haber sido utilizadas por el hombre en esta etapa pero que sin embargo no lo fueron. Las cuevas parecen tener a lo largo de este período un papel secundario en el proceso de ocupación del medio pues se reducen a zonas muy concretas y son numéricamente escasas.

En la investigación arqueológica se pone de manifiesto cotidianamente que de la enorme riqueza y multiplicidad de restos materiales o culturales del pasado solo conocemos una pequeña parte. Deberíamos por lo tanto ser conscientes de nuestras limitaciones al abordar cualquier tema y no confundir la cantidad y calidad de los restos del pasado con el pasado mismo. Nuestra interpretación debe ser lo más rica posible y para ello debemos buscar todas aquellas facetas que desconocemos porque no se han podido encontrar o, lo que es peor, porque no se ha tratado de encontrarlas.

Las dificultades para localizar yacimientos al aire libre son conocidas e innegables en el área cantábrica del país pero no son insalvables y ni siquiera especialmente difíciles de vencer. En realidad la localización de un determinado tipo de yacimiento depende casi exclusivamente del interés que se ponga en el mismo. De acuerdo con estos planteamientos, en el proyecto de investigación que venimos realizando sobre esta época en Vizcaya se ha puesto especial interés en la localización de restos al aire libre. Así, se ha pasado de 18 lugares con materiales arqueológicos al aire libre (v. GORROCHATEGUI, JAVIER 1977) a 67 asentamientos, (v. GORROCHATEGUI, JAVIER y YARRITU, M.J. 1984), aún cuando por la inexistencia de una infraestructura arqueológica y por la falta de subvenciones no se había podido efectuar una investigación a fondo. Para tener una visión más general de los yacimientos de esta época hay que considerar finalmente que en la Carta Arqueológica de Vizcaya (v. MARCOS, J.L. 1982) aparecen 89 yacimientos sepulcrales y de habitación mientras que en superficie se han catalogado 100 dólmenes y túmulos, a los que hay que añadir los asentamientos señalados anteriormente.

El interés de los asentamientos al aire libre, dentro de los que indudablemente encontramos algunas diferencias (simples yacimientos de frecuentación de un lugar, yacimientos relacionados con la extracción y talla de material lítico, poblados,...), es evidente. Aunque podamos pensar que las livianas estructuras que en ocasiones conformaban estos poblados han podido ser destruidas en las zonas del fondo de los valles por las actividades agrícolas, los restos líticos que se encuentren seguirán siendo evidencias incontestables de los mismos. Es fácil también que sólo hayan sido afectados parcialmente por esas labores agrícolas e incluso que las usuales remodelaciones de la superficie en terrazas sean la garantía de conservación de una parte de los yacimientos.

El área de dispersión de los asentamientos nos da ya una información relevante. Se localizan en un área geográfica más amplia que la correspondiente a los dólmenes y túmulos y también a la de las cuevas, sepulcrales o de habitación. Con ello se puede plantear a manera de hipótesis que las manifestaciones funerarias que conocemos son insuficientes para explicar las zonas habitadas. Aún considerando que las estructuras al aire libre en las zonas bajas (dólmenes y túmulos) hayan sido destruidas, es significativo que en las zonas montañosas el área de dispersión de los restos materiales en superficie es muy superior a la que ocupan los túmulos. Podríamos ver en ello el reflejo de una serie de actividades realizadas alrededor de un área mayor de ha-

bitación pero tanto en este supuesto como en el anterior nos deberíamos plantear también la existencia de otras modalidades de enterramiento, hasta ahora no localizadas (como las tan usuales fosas o pozos de otras zonas geográficas).

Los asentamientos o poblados al aire libre los podemos constatar en diferentes tipos de emplazamientos:

1) En las zonas elevadas de las alineaciones montañosas. Hay que considerar también que las montañas son medios diferenciados. En la parte cantábrica de Euskalherria encontramos montañas de una relativa altitud, superior a los 1000 m. en la zona S. de límite con la cuenca del Ebro. Las alineaciones montañosas del interior de esta franja cantábrica se desarrollan en general a alturas comprendidas entre 600 y 800 m. No son raras sin embargo pequeñas alineaciones desarrolladas por encima de los 200 m. algunas de las cuales ostentan estaciones megalíticas (como la de Munarrikolanda en Bizkaia). El papel de estas sierras ha debido ser diferente a lo largo del desarrollo histórico. Los altos pastos parecen destinados a una ocupación centrada en el verano y al movimiento de los grupos humanos de lo alto de la montaña al pie de la misma o a sus laderas (en la medida que otros grupos humanos asentados en el valle se lo permitiesen). Los otros tipos de montaña debieron ser proclives a una habitación más prolongada por gozar de un clima más templado, incluyendo cordones secundarios o laderas donde caben otro tipo de actividades (como la agricultura). En la montaña podemos decir, a partir de las excavaciones realizadas en la última década y gracias a la prospección efectuada en el entorno de las necrópolis, que los poblados se encuentran en las cercanías de las tumbas y que con frecuencia comparten el mismo espacio geográfico, yuxtaponiéndose a las mismas. Es por eso tan frecuente que aparezcan materiales líticos en el entorno de los monumentos megalíticos que no deben atribuirse exclusivamente a la frecuentación ritual del lugar. El prototipo de poblado de montaña de media altitud es Ilso Betaio (Artzentariz-Garape, Bizkaia).

2) En las zonas de ladera conocemos una serie de asentamientos y también algunas necrópolis dolménicas (en Trucíos-Iturriotz y Orozko), aunque no muy abundantemente quizá porque la investigación se ha centrado hasta ahora con exclusividad en lo alto de los montes. Aprovechan rellanos más o menos acusados para su emplazamiento, coincidiendo en el tipo de lugar con los destinados a albergar poblados (como el de Zalama Karrantza).

3) Por último, el emplazamiento menos frecuente por ser la zona más débilmente investigada es el

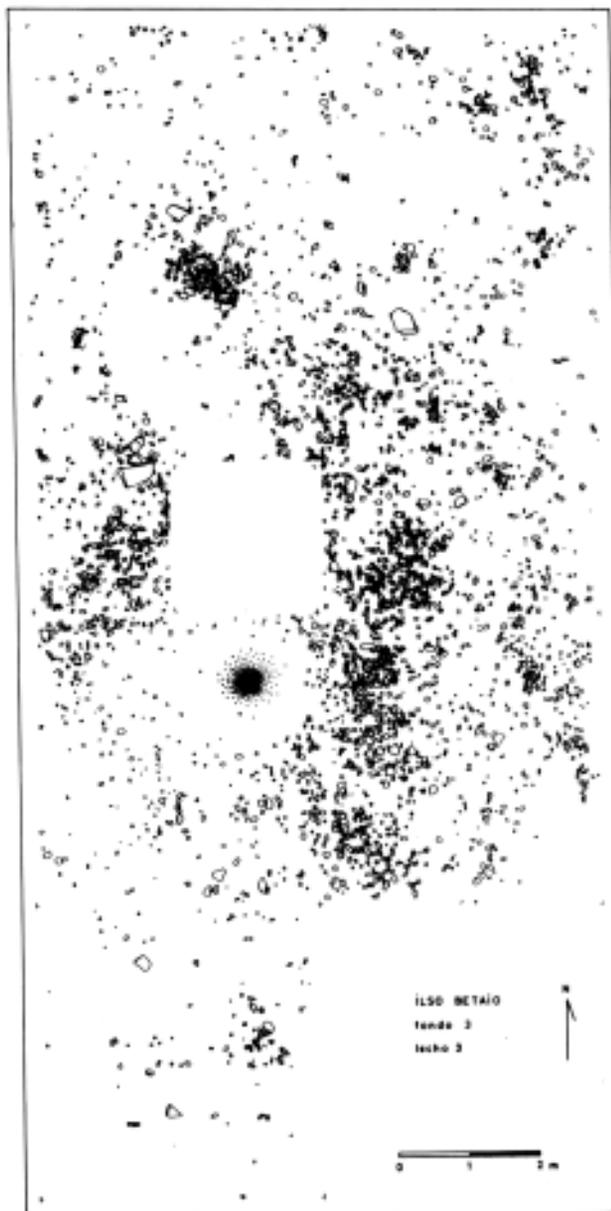


Fig. 1. Fondo de cabaña nº 3 del poblado de Ilso Betaio (Artzentariz-Garape, Enkarterria).

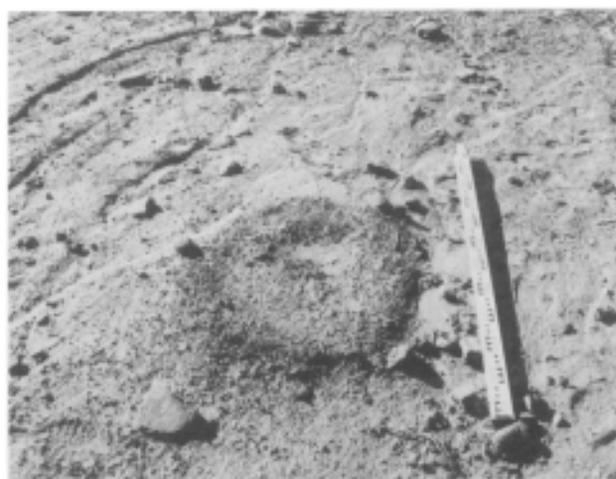
localizado en el fondo de los valles o en elevaciones o cotas dentro de los mismos. Con todo, está bien documentado el emplazamiento de diversos asentamientos en las cercanías de zonas de aprovisionamiento de sílex, como en la zona costera entre Getxo y Plentzia-Gaminiz (Bizkaia).

De esta diversidad de emplazamientos solo conocemos con una cierta profundidad los caracteres generales de varios poblados (sobre todo de aquellos seriamente afectados por labores de remodelación del suelo como pistas, cortafuegos, terrazas forestales, surcos, obras realizadas sin ningún tipo de control arqueológico) y especialmente del asentamiento de Ilso Betaio (Artzentariz-Garape, Enkarterria) donde se realizan excavaciones arqueológicas desde 1981.

Se trata de un asentamiento de montaña de media altitud, localizado a 712 m. sobre el nivel del mar. El poblado consiste en una serie de fondos de cabaña que se extienden sin aparente orden en el espacio y localizados a lo largo de una suave loma en una longitud de unos 700 m., amplitud que a partir de la constatación de otros asentamientos semejantes podría considerarse usual (en otros cuatro casos controlados sería de 200, 300, 400 y 900 m.). Se localiza en un lugar estratégico desde el punto de vista geográfico pues domina tres valles distintos, el del río Barbadun en su tramo medio al E, (Sopuerta-Garape y Galdamiz), el del río Agüera en su tramo medio al W. (Artzentariz e Iturriotz-Trucíos) y la cabecera de la cuenca de Castro Urdiales al N. (Cantabria). Va enmarcado al E. y al W. por sendas construcciones funerarias.

Los fondos de cabaña vienen determinados por estructuras evidentes variadas: un enlosado rudimentario de forma circular que varía entre los 8 y los 10 m. de diámetro a base de piedras muy pequeñas de arenisca (menores de 20 cm. usualmente) (v. fig. 1); un hogar central excavado en el suelo o en la roca madre del terreno; uno o varios hogares en la periferia del suelo de cabaña; una acumulación de restos materiales líticos alrededor del suelo de piedras. Conocemos hogares de otros poblados en que se coloca como fondo del mismo una placa de arcilla endurecida (v. fot. 1) e incluso la repetición por duplicado o triplicado de la propia estructura del hogar. Sobre los elementos de las estructuras tenemos todavía poca información aunque se han constatado diversas variantes de apoyo a pies derechos. En todo caso parece fácil pensar en una superestructura de madera y una cubierta vegetal o de pieles.

Los fondos de cabaña vienen determinados por estructuras evidentes variadas: un enlosado rudimentario de forma circular que varía entre los 8 y los 10 m. de diámetro a base de piedras muy pequeñas de arenisca (menores de 20 cm. usualmente) (v. fig. 1); un hogar central excavado en el suelo o en la roca madre del terreno; uno o varios hogares en la periferia del suelo de cabaña; una acumulación de restos materiales líticos alrededor del suelo de piedras. Conocemos hogares de otros poblados en que se coloca como fondo del mismo una placa de arcilla endurecida (v. fot. 1) e incluso la repetición por duplicado o triplicado de la propia estructura del hogar. Sobre los elementos de las estructuras tenemos todavía poca información aunque se han constatado diversas variantes de apoyo a pies derechos. En todo caso parece fácil pensar en una superestructura de madera y una cubierta vegetal o de pieles.



Fotografía 1. Placa del fondo de un hogar de un poblado al aire libre.

El problema que se plantea con estos emplazamientos de montaña es que los fondos se distribuyen por una gran extensión y no existe una estructura interna urbana por lo que en teoría nos podríamos encontrar con una yuxtaposición de cabañas pertenecientes a tiempos distintos. En todo caso este problema debe ser analizado en el proceso interno de interpretación de los restos materiales de cada asentamiento. En este sentido cabe hacer la consideración de que los 4 emplazamientos mejor conocidos por nosotros presentan una gran homogeneidad de materiales arqueológicos que abogarían por la pertenencia a un solo momento cultural.

EL MEGALITISMO

El fenómeno megalítico aparece asociado tradicionalmente a los dólmenes, estructura constructiva en la que reconocemos dos partes diferenciadas, la cámara central y el túmulo que la rodea y cubre. Sin embargo, esta constatación evidente encontramos una realidad más compleja. Entre las estructuras de enterramiento aparecen algunas sin cámara, las denominadas generalmente túmulos (algunos autores las definen como «no megalíticas»). Otras, casi podemos decir que la mayor parte, tienen cámaras de proporciones tan modestas, como los túmulos que las rodean (y hay que tener en cuenta que el 41% de las estructuras catalogadas en la Carta Arqueológica de Vizcaya, p. 8 se coloca en el intervalo de 6 a 9 m. de diámetro), que difícilmente pueden calificarse de «megalíticas» en sentido estricto. En definitiva, conviene considerar a los dólmenes como estructuras funerarias que se explican dentro del conocido fenómeno megalítico común a gran parte de Europa. Es factible pensar que los túmulos sean otra cara de ese mismo fenómeno megalítico puesto que se yuxtaponen a los dólmenes en su mismo espacio y, de acuerdo con los escasos datos de que disponemos, presentan los mismos rasgos culturales (ajuares,...).

Los dólmenes fueron considerados tradicionalmente monumentos funerarios en los que la cámara albergaba a los enterramientos y los ajuares asociados. De acuerdo con esa interpretación previa el único objeto de investigación fue la cámara pues se aceptaba que ahí se encontraría lo más significativo del monumento. Así se excavaron los dólmenes desde la primera década del siglo (v. ARANZADI, T., BARANDIARAN, J.M., y EGUREN, E. 1919). Con el tiempo el propio JOSE MIGUEL BARANDIARAN constató en el dolmen de Aitzkomendi (Egiraz, Araba) una serie de estructuras relevantes y ajuares asociados en el túmulo, demostrando que el túmulo no es solo un elemento constructivo sino que desempeña una fun-

ción ritual en el conjunto. Desgraciadamente el modelo planteado a partir de esta excavación no se siguió y las excavaciones en dólmenes continuaron circunscribiéndose a las cámaras. Como mucho se realizó una estrecha trinchera desde la periferia hacia el centro que por su escasa amplitud, apenas servía para conocer la estructura tumular. Este modelo de estudio todavía se aplica en la actualidad en algunas áreas circundantes al País Vasco lo que dificulta comparaciones más fructíferas entre estructuras megalíticas.

Entendemos las arquitecturas megalíticas en sentido amplio, dólmenes y túmulos, como una doble estructura. Por una parte una construcción funeraria, un recinto destinado a albergar a los muertos y a sus ajuares. Por otra una estructura constructiva, con dos elementos definidos, la cámara o las estructuras centrales de enterramiento (en el caso de los túmulos) y el túmulo o galgal. De la estructura funeraria hablaremos al considerar los ajuares y la secuencia cultural en el apartado siguiente, para circunscribirnos en éste a las estructuras constructivas.

El programa de investigación actualmente en curso sobre el fenómeno megalítico en Bizkaia se ha planteado como un objetivo prioritario el estudio de estas estructuras tumulares. Desde que esté comenzó en 1979 hemos podido investigar 5 de ellas, los dólmenes de La Cabaña-Bordako (2 y 4), Cotobasero-Basorogane (1 y 2, dolmen y túmulo respectivamente) e Hirusugarrieta 1 (excavación dirigida por INMACULADA MARTIN y ARANTZA ZUBIZARRETA).

El dolmen de La Cabaña-Bordako 4 (Karrantza) consta de un túmulo de 8 m. de diámetro que alberga una cámara de planta poligonal irregular. Tanto las piedras que componen el galgal como las de la cámara son areniscas, abundantes en las inmediaciones de su emplazamiento. El recinto que compone la cámara está compuesta por 14 losas de arenisca de las que 3 se pueden considerar menores, de apoyo. La cámara se asienta directamente sobre el suelo primitivo del lugar. El túmulo está compuesto de un núcleo arcilloso, rodeando a la cámara, con escasas piedras de pequeño tamaño, (v. fig. 2). Este núcleo está delimitado por una serie de piedras cúbicas conformando un anillo cuya función es la de contener al propio núcleo y a la capa de piedras de menor tamaño y sin orden aparente que recubre todo el conjunto.

El dolmen de La Cabaña-Bordako 2, situado a 7 m. del anterior, consta igualmente de una cámara inscrita en un túmulo de 10 m. de diámetro. La cámara, rectangular y orientada de E. a W., está formada por 2 losas clavadas verticalmente y otra co-



Fig. 2. Corte N-S del cantil W, sector NE, del dolmen de La Cabaña-Bordako 4, (Karrantza, Bizkaia), al final de proceso de excavación.

locada horizontalmente como suelo de la propia cámara. El conjunto se completa con otras dos losas movidas de su lugar original y con una serie de 10 huellas correspondientes al resto de la cámara (v. fig. 3). El túmulo se compone de un núcleo de tierra arcillosa reforzado con piedras de arenisca descansando sobre su cara plana. A él se superpone una capa superficial compuesta por piedras cúbicas de menor tamaño y sin orden aparente. El límite del túmulo está determinado por un anillo de piedras verticales.

El dolmen de Cotobasero-Basorogane 1 constaba de una cámara rectangular orientada en dirección E.-W. realizada al menos mediante seis lajas (v. fig. 4). De ellas, dos cerraban los lados menores del rectángulo, otras dos se alineaban en un lado mayor y otra se situaba enfrente; el recinto se completaba con lajas de apoyo, menores. El túmulo, de 5 m. de diámetro, presentaba una capa de piedras asentada sobre la arcilla del terreno. En él una serie de piedras en sentido radial y colocadas sobre su cara plana de forma horizontal marcaban la periferia del conjunto.

El túmulo de Cotobasero-Basorogane 2 (v. fig. 5) se diferencia de los anteriores por su tamaño (20 m. de diámetro), y por la ausencia de una cámara central y evidente. Consta de un gran túmulo a base de lajas orientadas hacia el interior que descansa sobre un potente núcleo de tierra acarreado al emplazamiento (v. fig. 5, cuadro F8, donde se observa el afloramiento del núcleo). Sobre el núcleo terroso se asentaron varias estructuras constructivas menores de presumible carácter funerario. La estructura más evidente ofrece planta rectangular, en dirección SE. / NW. (v. fig. 5, cuadro G6). Este recinto resulta de reducidas proporciones en función del túmulo que lo alberga y comparativamente con las cámaras que presentan los dólmenes descritos anteriormente.

El dolmen de Hirimugarrieta 1, de 8 m. de diámetro, consta de una cámara posiblemente rectangular rodeada de un galgal a base de lajas plegadas hacia el centro del monumento.

Todos estos monumentos funerarios manifiestan una clara significatividad en las estructuras que adoptan tanto si se refieren a dólmenes como a túmulos, determinando una cierta variedad de solucio-

nes constructivas (en su relativa modestia como tales construcciones). Las variantes adoptadas son observables en monumentos colindantes que forman parte de conjuntos funerarios que denominamos «necrópolis dolménicas». Esta variedad de fórmulas empleadas se puede observar en las diversas partes de que consta cada monumento funerario: Así, en unas ocasiones la cámara se encuentra rodeada por el núcleo terroso (v. fig. 2) y en otras por la acumulación del galgal. Unas veces el núcleo terroso es el fundamento del túmulo o bien el túmulo se asienta directamente sobre el terreno. El núcleo puede ser terroso o estar reforzado por piedras. Por último, el núcleo puede estar rodeado tanto de pie-



Fig. 3. Planta y alzado de la cámara del dolmen de La Cabaña-Bordako 2, (Karrantza, Bizkaia).

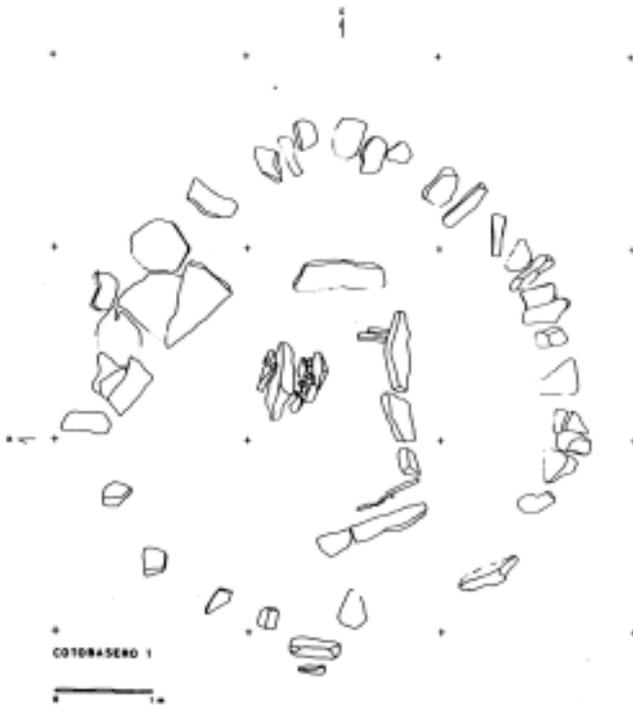


Fig. 4. Planta de las estructuras más significativas de cámara y túmulo pertenecientes al dolmen de Cotobasero-Basorogane 1, (Karrantza, Bizkaia).

dras colocadas verticalmente como horizontalmente (a manera de incipientes hiladas, v. fig. 4).

A partir de esta acumulación central se estructura el galgal propiamente dicho. En algún caso viene caracterizado por una serie de piedras de mayor tamaño y forma cúbica que lo recubren, relativamente plegadas hacia el interior en la zona de mayor pendiente, a las que se superponen otras de pequeño tamaño y sin orden aparente. Se da también la capa externa al núcleo como una acumulación desordenada. En otros casos (v. fig. 5) el núcleo está cubierto por una estructura de lajas planas imbricadas, inclinadas hacia el interior unos 45° en la zona más externa y colocadas de forma horizontal en la zona superior de la estructura o bien las lajas plegadas se colocan directamente sobre el suelo desde el interior a la periferia. Las cámaras manifiestan la misma variabilidad, aún entre monumentos colindantes (así, rectangular y poligonal en La Cabaña-Bordako 2 y 4), variabilidad que aparece también en el tamaño general de la estructura, como los 20 m. de diámetro de Cotobasero-Basorogane 2 frente a los 5 m. de los colindantes 1 y 3; diferencia que se refleja igualmente en el sentido final de la estructura (dolmen y túmulo coexistiendo en el mismo lugar, como en Cotobasero-Basorogane).

En estas estructuras constructivas encontramos una serie de restos asociados con una función diferenciada:

1) la zona exterior colindante con el monumento. Que esta zona haya podido desempeñar un papel en el proceso ritual parece verosímil en base a cualquier analogía con otros tiempos y tumbas. Otra cuestión es si somos capaces de discernir lo que corresponde a ese proceso ritual. Esto solo sería posible si se hubiesen conservado los restos determinantes del mismo y si estos son evidentes a nuestros planteamientos de investigación, circunstancias que en la mayoría de los casos no se dan suficientemente. Caben también otras interpretaciones, entre ellas que los restos localizables en la zona exterior correspondan al proceso de levantamiento de la estructura y a las necesidades que esto lleva consigo, no solo materiales, para construcción del monumento sino de sostenimiento de la población en ese lugar durante las labores. Además, en esta zona exterior ha existido frecuentemente una zona de habitación (poblado, como en La Cabaña-Bordako o Cotobasero-Basorogane), más o menos cercano, que ha determinado la deposición de múltiples restos materiales en el proceso de utilización del lugar. A esto se añade una frecuentación del mismo espacio a lo largo de todo el proceso histórico, desde la prehistoria hasta nuestros días. Estos elementos complican acusadamente el panorama pues los diversos conjuntos enumerados no se superponen estratigráficamente sino que aparecen yuxtapuestos;

2) el suelo previo a la erección del monumento. En este suelo sobre el que se levantó la estructura constatamos igualmente materiales arqueológicos que nos evidencian cómo las tumbas se colocan en estos casos sobre una parte de la zona de habitación. Por lo tanto se pueden incluir otros elementos de esa zona de habitación como hogares o fondos de cabaña;

3) el núcleo de la estructura funeraria. Podemos decir que al aportar materiales pétreos de todo tipo y tamaño en el proceso de levantamiento de la estructura se acarrearán también otros materiales arqueológicos. Esto aparece más acusadamente cuando se trata de realizar un núcleo terroso y depende en todo caso del lugar elegido para la extracción de la tierra (que no debe ser muy lejano al de levantamiento de la estructura, por motivos prácticos). Podría tener una finalidad religiosa, como ocurre en otras civilizaciones en donde la vida se entiende como un proceso, una de cuyas etapas se da en la tierra y otra en el más allá;

4) la capa superficial del túmulo. En esta capa se depositan materiales arqueológicos que pueden tener diferente explicación. No es infrecuente que al acumularse las piedras se pueden aportar molinos de mano. Sin embargo es factible pensar que

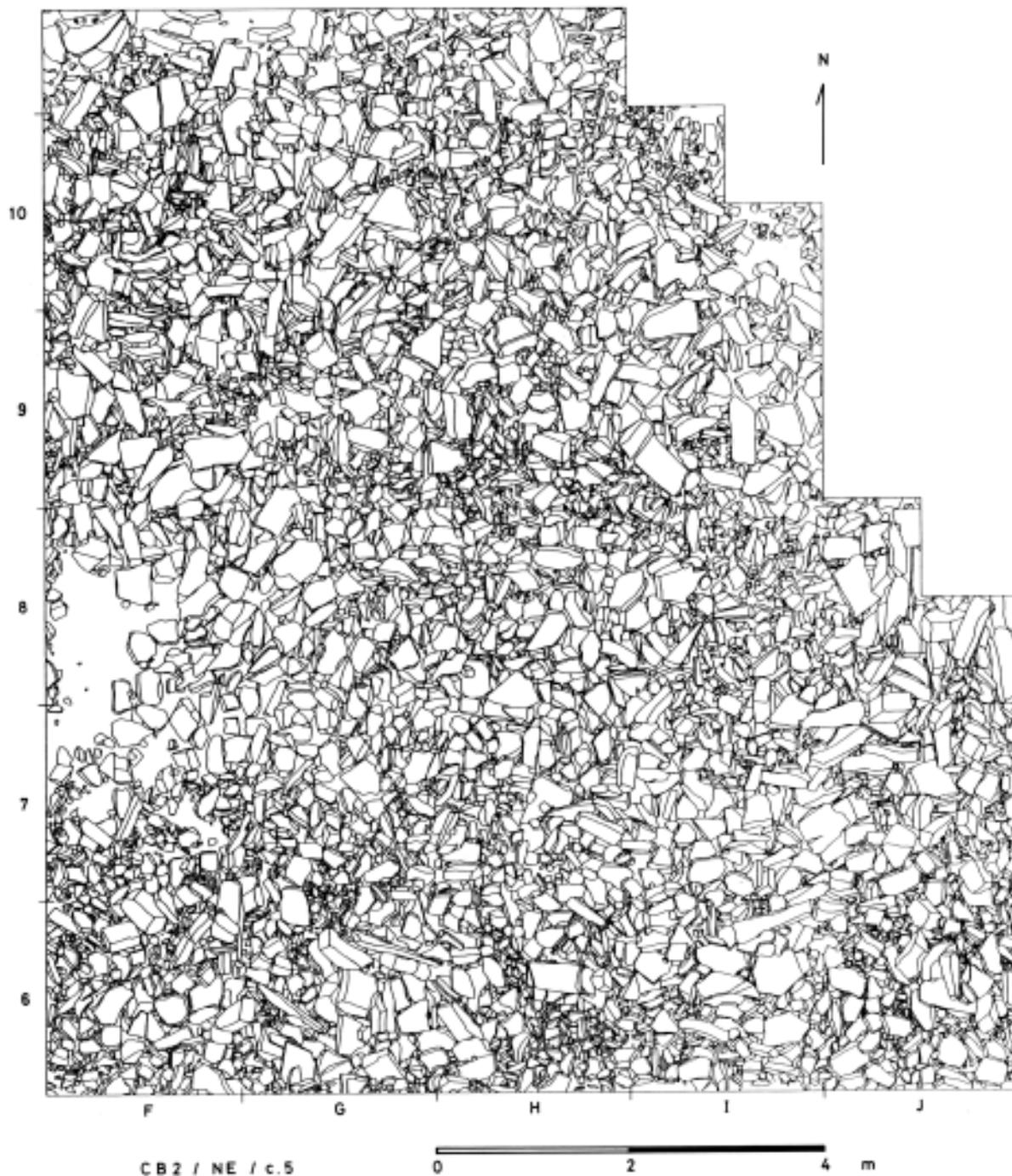


Fig. 5. Disposición de la estructura tumular de Cotobasero-Basorogane 2 (Karrantza, Bizkaia) en la capa 5 del sector NE.

la mayor parte de los objetos arqueológicos deben corresponder a enterramientos, si bien en nuestro caso tenemos la dificultad de que no se conserva ningún material óseo a causa de la acidez de los suelos. Podrían relacionarse también con los diversos ritos funerarios realizados en el lugar con posterioridad a la construcción del monumento y durante el proceso de utilización de la necrópolis. Por fin, cabe también considerar que se hayan aportado objetos varios a lo largo del tiempo hasta nuestros días pues

se ha conservado conciencia del origen humano de estas estructuras. Además naturalmente de que han sido usadas como lugar de extracción de materiales para construcción de cabañas pastoriles (cuando no se asienta la misma cabaña sobre el túmulo);

5) la cámara. Tanto las cámaras de los dólmenes como las pertenecientes a estructuras tumulares deberían contener la parte más característica del ajuar funerario. Sin embargo, es frecuente que no se recuperen materiales arqueológicos o que estos sean

muy poco significativos, al tiempo que en algunos monumentos los hallazgos se localizan en una determinada zona de la cámara. Esto nos debe indicar que ha habido un proceso de expolio de los ajuares funerarios. El proceso de expolio debió comenzar en el mismo momento en que se depositaron los materiales, puesto que estos son a menudo objetos relevantes (y más si los objetos son metálicos, dada la escasez de metales no férricos, preciosos o no, en la parte cantábrica de Euskalherria). Puede deberse también a causas rituales, en el sentido de que los ajuares se podrían haber quitado en el momento en que se hubiese cumplido una parte del proceso ritual (al estilo de lo que parece observarse en algunos dólmenes o cuevas donde se actúa frente a los cadáveres anteriormente depositados, quemando el entorno o arrinconando a los anteriores). En fin, multitud de dólmenes muestran en forma de monedas u otros objetos que ha habido remociones históricas con mayor o menor frecuencia.

Para profundizar en nuestros conocimientos sobre la época deberíamos establecer una comparación múltiple entre estructuras constructivas de diferentes áreas, algo en la actualidad imposible de realizar. Además creemos que debe cumplirse otra condición: que las estructuras funerarias se excaven en conjuntos cercanos en el espacio de tal forma que se puedan establecer comparaciones no entre estructuras individuales sino también entre colectivos de estructuras funerarias.

LOS AJUARES

Al considerar los ajuares debemos tener en cuenta si existe una diferenciación entre los recuperados en una zona de habitación y los funerarios. El yacimiento de I Iso Betaio muestra una alta frecuencia de raspadores y dorsos que son más bien escasos entre los ajuares funerarios. A partir de aquí podríamos plantear la existencia de una distorsión económico-social de los útiles de la época: algunos se identifican con determinadas actividades y posiblemente individuos. La existencia de ajuares indudablemente relevantes (que denotan un atesoramiento de riqueza en alguna persona o clan familiar) nos debe poner en la pista de un proceso de diversificación social a lo largo de esta etapa, proceso que podríamos observar como algo consustancial al fenómeno de expansión del megalitismo o de la metalurgia y que podemos poner igualmente en relación con la necesidad de expansión del área ocupada por cada comunidad. Vamos a abordar a continuación aquellos elementos de la cultura material en los que por su difusión encontramos más posibilidades para una articulación secuencial de las cul-

turas prehistóricas durante esta etapa, la industria lítica.

Existe un acuerdo generalizado entre los investigadores para aceptar la mayor antigüedad de los ajuares compuestos a base de microlitos geométricos. Esta etapa cultural la encontramos reflejada en diversos yacimientos de áreas geográficas colindantes con el Cantábrico (la Meseta Norte, el Valle del Ebro) entre la 2ª mitad del cuarto milenio y la 1ª del tercer milenio a. de C. Estas fechas encajan con la datación efectuada en la paleosuperficie del túmulo o dolmen de Trikuaitzi (Beasain, Gipuzkoa): 3315 ± 140 a. de C., (v. ARMENDARIZ, A. 1988). Esta datación nos puede mostrar el primer momento de ocupación de las áreas de montaña, de transformación del medio (de la que son testigos los carbonos de la antigua superficie del terreno) y de erección de los primeros monumentos megalíticos.

Para considerar posteriormente otros períodos encontramos varias dificultades: la perduración de los tipos líticos a lo largo del tiempo (que no conocemos detalladamente), la realización de sucesivas inhumaciones en las mismas estructuras de enterramiento (que puede hacer que varios momentos culturales se encuentren mezclados como si fueran uno solo).

Aceptando esas dificultades parece posible perfilar una segunda etapa en el que conservándose elementos de la industria tradicional (microlitos) se encuentran ya puntas de flecha de aspecto primitivo que se nos ofrecen de dos formas: foliáceas y de aletas incipientes. Esta etapa cultural parece desarrollarse en las áreas geográficas cercanas hacia mediados del tercer milenio.

Aparece a continuación una tercera etapa con puntas de flecha foliáceas y sin microlitos geométricos desarrollada en la 2ª mitad del tercer milenio, representada por la cueva sepulcral de Iruaxpe (Aretxabaleta, Gipuzkoa), en el 2180 ± 110 a. de C. (v. ARMENDARIZ, A. 1987, p. 74), datación paralelizable a otras del entorno geográfico del valle del Ebro. En el supuesto de que los materiales de la anterior etapa implicasen dos períodos diferentes sería factible incluir parte de la etapa anterior en ésta, pero ese tipo de precisiones sólo podrán realizarse cuando existan suficientes pruebas documentales.

Con posterioridad se vislumbran diferentes momentos culturales que vienen definidos por una serie de objetos determinantes: las puntas de flecha de aletas y pedúnculo central más desarrollados, la cerámica campaniforme y el metal (cobre o bronce). Estos momentos aparecen datados por el c^{14} en el área geográfica circundante en la 1ª mitad del segundo milenio a. de C. Las dataciones efectuadas

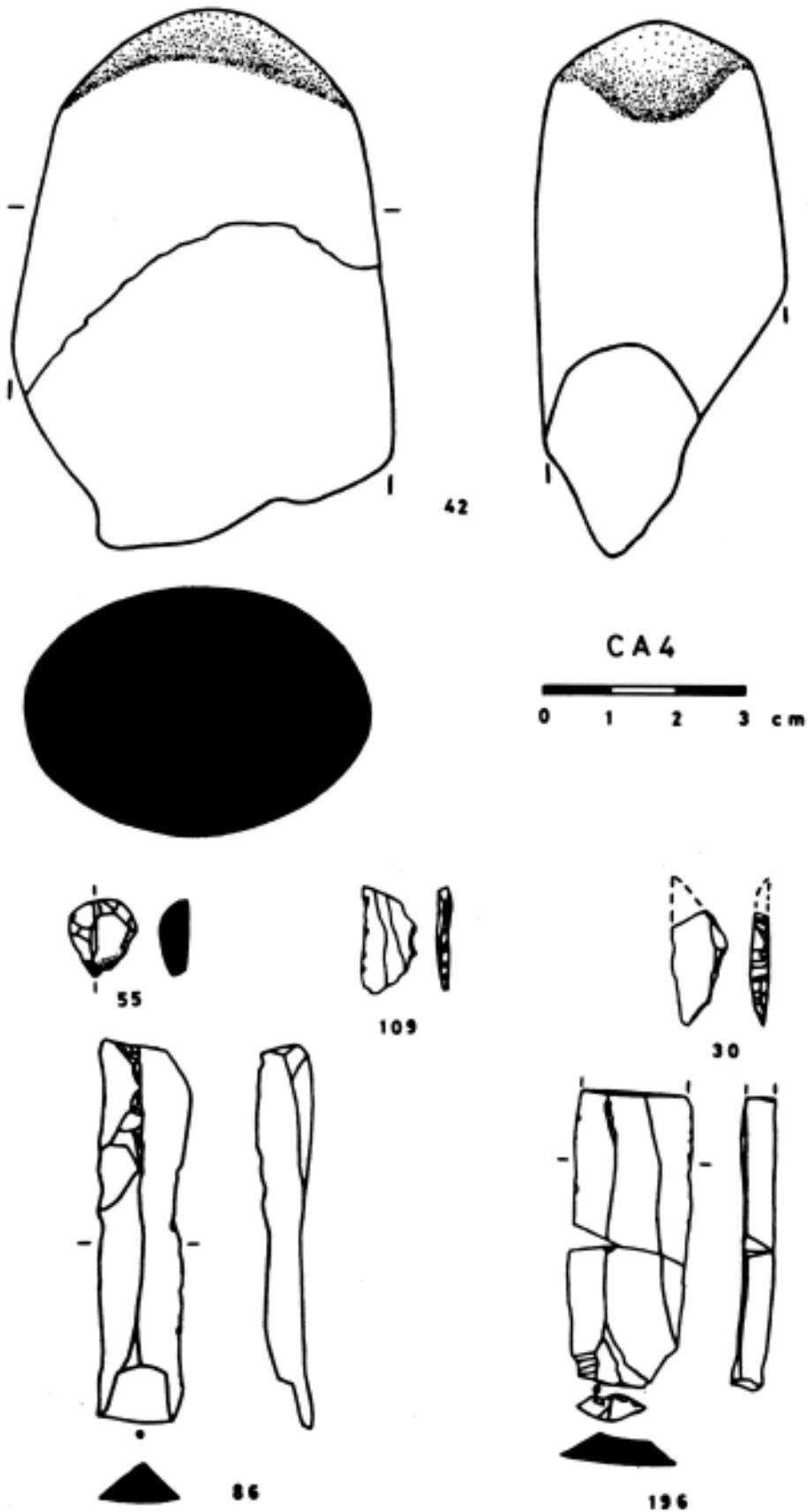


Fig. 7. Muestra del ajuar del dolmen de La Cabaña-Bordako 4 (Karrantza, Bizkaia).

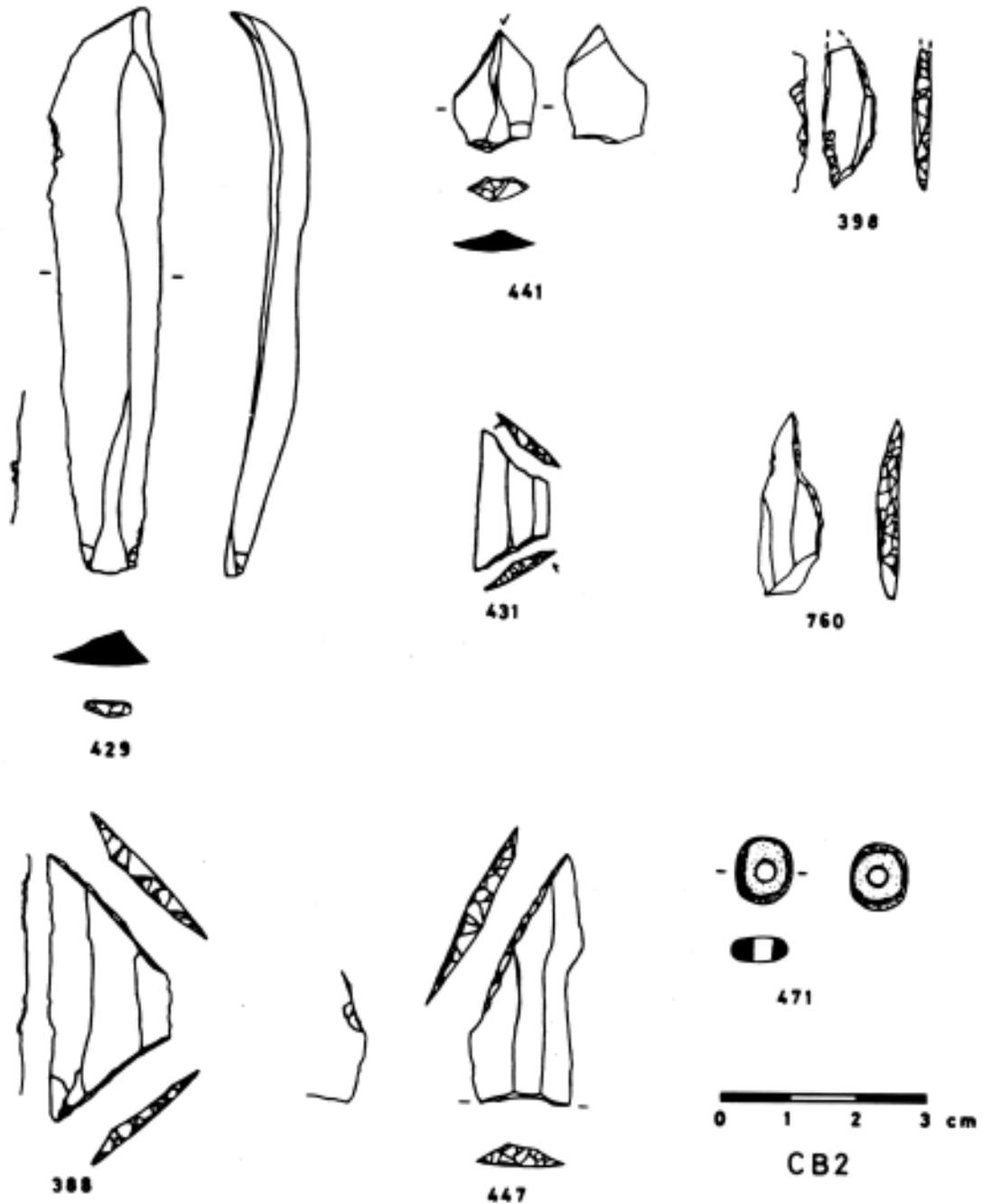


Fig. 6. Muestra del ajuar del túmulo de Cotobasero-Basorogane 2 (Karrantza, Bizkaia).

en varias cuevas sepulcrales cantábricas presentan sin embargo diversos problemas pues asocian ajuares que pueden encajar en diferentes momentos de esa secuencia cultural o que pueden no ser demasiado representativos por la pobreza de los yacimientos: puntas de flecha de aletas y pedúnculo, foliáceas y microlitos geométricos, como en la cueva sepulcral de Gerrandijo, nivel 2 datado en el 1140 ± 100 a. de C., microlitos geométricos (segmentos) en Las Pajucas, datada en el 1760 ± 130

a. de C. (v. MARIEZKURRENA, K. 1979, 248-249 pp.). Los ajuares metálicos de las cuevas son poco representativos, aunque hay que señalar que faltan excavaciones arqueológicas en número suficiente. Los escasos datos que estas proporcionan junto con algunos hallazgos de depósitos metálicos en superficie deben ser un indicio de un Bronce Antiguo y Medio que serán mejor definidos cuando avance la investigación, aún reconociendo la menor relevan-

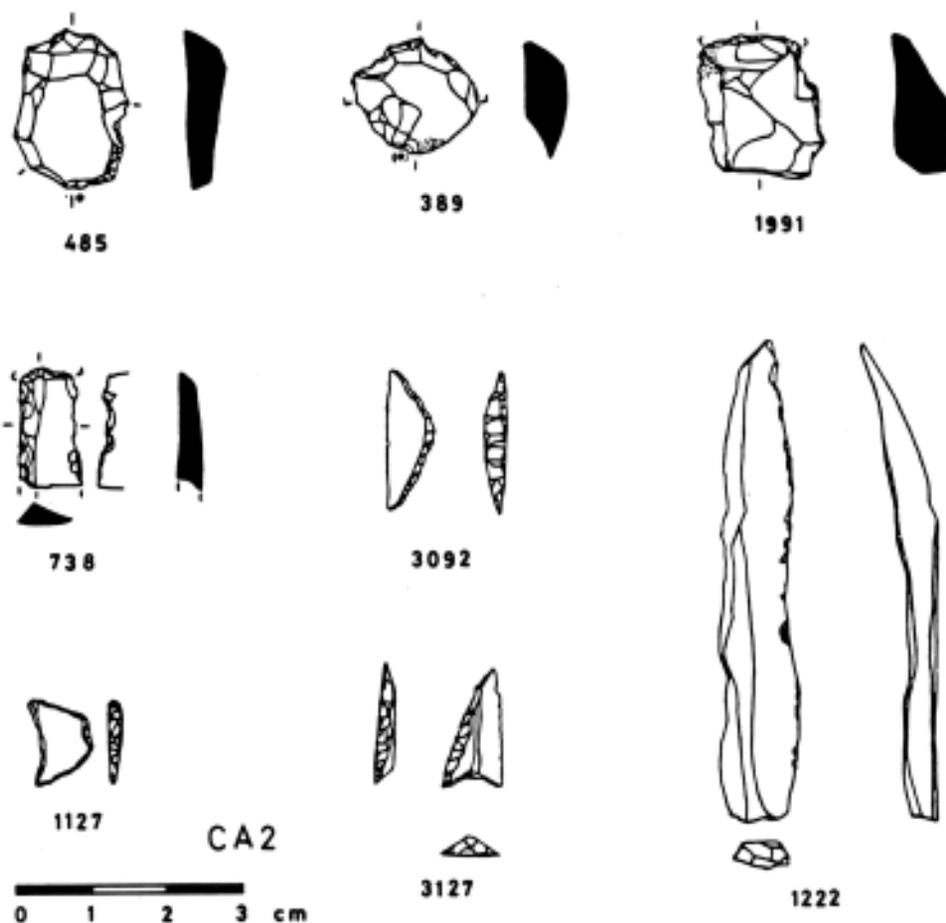


Fig. 8. Muestra del ajuar del dolmen de La Cabaña-Bordako 2 (Karrantza, Bizkaia).

cia que la metalurgia del bronce tiene en la Euskalherria cantábrica frente a áreas circundantes.

En relación con esta cronología hay que considerar las limitaciones que se presentan por el todavía escaso número de dataciones efectuados. Por ello deben ser consideradas únicamente para articular una secuencia general. Además, se emplean las procedentes de manifestaciones culturales diferentes (cuevas, túmulos, dólmenes, yacimientos de habitación y sepulcrales,...) que nos pueden mostrar, una vez que tengamos más datos, algunas diferencias en el ritmo de la evolución cultural. Directamente relacionado con lo anterior está la cuestión de las pervivencias culturales, fruto del aislamiento geográfico, que han señalado diversos autores. Sin embargo este planteamiento pierde fuerza al observar a lo largo de la historia escrita cómo en Euskalherria se dan coetáneamente los mismos fenómenos que en el resto de Europa Occidental y a veces con mayor virulencia. El País Vasco es geográficamente una zona abierta, tanto hacia el S. como hacia el N. y de ambas zonas se constatan una serie de influencias concretas en materiales arqueológicos y en tipos cerámicos y metálicos. Las pervivencias que tradicionalmente se han planteado deberían ser

demostradas fehacientemente. Algunas parecen el fruto de dataciones mal realizadas (como el de algún vaso «campaniforme») y otras el de yacimientos de una pobreza tal que caben muy diversas interpretaciones y los hacen prácticamente inutilizables para ninguna articulación cultural seria (caso de la cueva de Tarrerón). El atraso relativo o la me-



Fotografía 2. Molino de mano del dolmen de La Cabaña 2 (Karrantza, Bizkaia).

nor riqueza material de estas etapas debe ponerse en relación con factores de orden económico y social tales como la inexistencia de yacimientos cupríferos y una composición social diferente.

El programa sobre fenómenos megalíticos actualmente en curso para Bizkaia ha permitido constatar ajuares relacionados con las etapas más antiguas de ocupación de las montañas, formados por microlitos geométricos. El primer peso significativo es el túmulo de Cotobasero 2, con abundancia de trapecios, (v. fig. 6, nºs 431 y 388) y variedad de microlitos geométricos como segmentos (nº 398) o armaduras geométricas en general, (nºs 447 y 760), artefactos relacionados con la técnica de elaboración microlítica, (microburil nº 441)..., además de objetos de adorno (cuenta nº 471) o los característicos cuchillos en forma de lámina (nº 429).

A este primer momento podrían corresponder también los ajuares de los dólmenes de la Cabaña 2 y 4, igualmente formados por microlitos geométricos, aunque con mayor relevancia de segmentos y triángulos (diferencia que podría indicar otro momento cultural). En el caso de La Cabaña 2 encontramos segmentos de círculo (v. fig. 7, nº 30 y 109) acompañados de láminas de sílex (nº 86 y 196), microrraspador (nº 55) y pulimento (nº 42).

El ajuar del dolmen de La Cabaña 2 es especialmente rico en variedad y cantidad. Además de raspadores (v. fig. 8, nºs 389, 485, 738 y 1991) y láminas (nº 1222) se han recuperado triángulos (nºs 3127, 1127, este último de forma trapezoidal y en cristal de roca), segmentos de círculo (nº 3092) y un hacha pulimentada de pequeño tamaño.

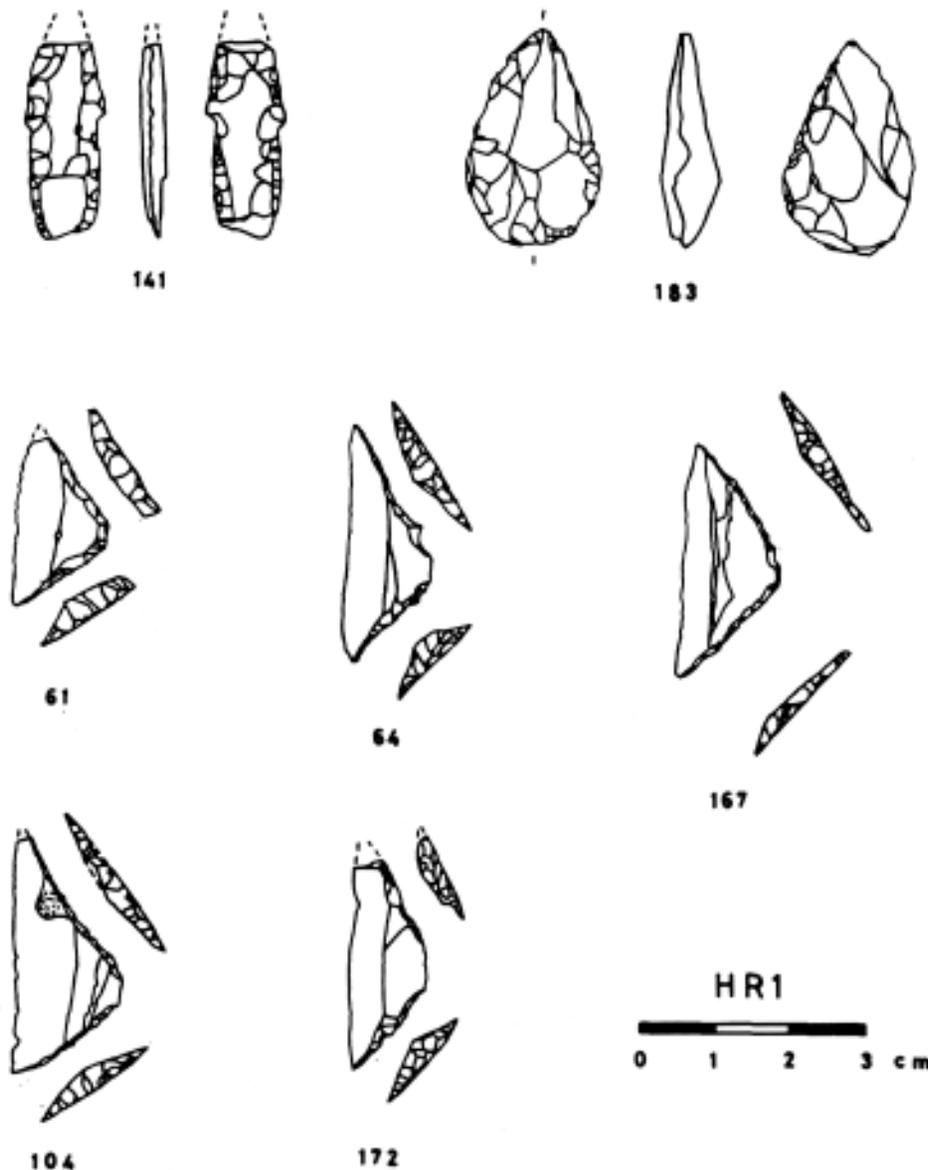


Fig. 9. Muestra del ajuar del dolmen de Hirimugarrieta (Bilbo, Bizkaia).

A la 2ª etapa caracterizada por la existencia de microlitos geométricos y puntas de flecha de aletas incipientes correspondería el ajuar del dolmen de Hirumugarrieta 1 (Bilbao), con trapecios (v. fig. 9, nºs 64, 104 y 172), triángulos (nº 61 y 167, con un lado muy corto retocado), puntas de flecha foliáceas (nº 183) y puntas de aletas incipientes (nº 141), conservándose los demás elementos considerados anteriormente, como el pulimento, colgantes,...

Un momento más moderno vendría dado por el poblado de Ilso Betaio donde los microlitos geométricos son muy escasos y abundan especialmente los raspadores (v. fig. 10, nºs 596, 1418, 1994, 2080), útil determinante de un yacimiento de habitación pues es muy escaso en ajuares funerarios (en el caso de La Cabaña 2 corresponden los raspadores al momento de la construcción del monumento), las puntas de dorso (nºs 292 y 6692), objetos igualmente inusuales en ajuares funerarios, las puntas de flecha foliáceas (nºs 716 y 2776), las puntas de aletas y pedúnculo desarrollados (nº 4744, con deficiente conservación), además de otros objetos ya aparecidos antes como las hachas pulimentadas de pequeño tamaño (nº 8538).

Encajar otros yacimientos excavados antiguamente en esta secuencia hipotética resulta muy difícil por la pobreza documental de estas escavaciones antiguas. A menudo los materiales recuperados pueden ser una muestra sesgada de lo depositado, máxime cuando en una gran parte de los yacimientos excavados apenas hay uno o dos útiles característicos. Así, de la totalidad de dólmenes excavados en Gipuzkoa y Bizkaia hasta la fecha (excepto los excavados más recientemente), 65 en Gipuzkoa y 8 en Bizkaia, solo tienen elementos relativamente significativos 24 y 3 respectivamente y si consideramos los que tienen más de un tipo de útil repetido nos encontraríamos con 13 y 2 ejemplares.

CONCLUSION

En el momento actual de la investigación no podemos sino plantear algunos rasgos generales para explicar esta etapa que se extiende desde el Neolítico Final hasta la Edad del Bronce, desde el cuarto milenio hasta el primero a. de C. De ella conocemos ciertas manifestaciones, indudablemente incompletas (dólmenes y túmulos, poblados al aire libre, cuevas sepulcrales y de habitación) puesto que son sólo una muestra de la que fue indudablemente mayor cantidad de restos humanos y algunas áreas geográficas, las de montaña especialmente. La información que tenemos de todas esas manifestaciones humanas es con todo excesivamente desigual como consecuencia de los presupuestos de las investiga-

ciones planteadas en su día y también por la indudable pobreza de los ajuares funerarios, a causa de los expolios realizados durante el proceso histórico de ocupación del medio geográfico.

El fenómeno de más trascendencia y claridad de que podemos dar constancia en esta época es el que va asociado a la difusión del megalitismo: la ocupación de las montañas o si se prefiere de los terrenos marginales, dado que se ocupan desde pequeñas alineaciones montañosas al lado del mar (entre 100 y 200 m. de altitud) hasta las grandes sierras del sur del cantábrico desarrolladas a más de 1000 m. de altitud. Indudablemente una parte esencial de ese área va a ser dedicada a actividades pastoriles pero es claro también que las alineaciones montañosas que se eleven a menos de 600 m. sobre el nivel del mar pueden soportar actividades agrícolas en zonas de ladera, rellanos que todavía hoy en día son el enclave de pueblos y de tierras de labor. En realidad conocemos los poblados prehistóricos, localizados en los aldeaños de las actuales aldeas. En estos dólmenes, como en el conjunto de La Cabaña-Bordako hemos podido constatar molinos de mano (v. fot. 2) que nos demuestran fehacientemente el consumo de cereales en el poblado cercano, localizado a 700 m. sobre el nivel del mar. Sobre la existencia de agricultura en esta época tenemos diversas evidencias en forma de molinos, que ya puso de manifiesto BARRANDIARAN, J.M. 1962, p. 22. La coexistencia de agricultura y ganadería es coherente con el hecho de que la revolución neolítica es un fenómeno inducido desde fuera y debió desarrollarse desde el comienzo en ambas manifestaciones.

El fenómeno de la ocupación de las tierras más marginales, de las altas sierras montañosas, debe ser el signo de un proceso de extensión de las tierras utilizadas por las comunidades prehistóricas para producir alimentos, de un movimiento desde las zonas más bajas hacia las alturas. En ello hay que ver el reflejo de la presión demográfica que no puede sustentarse con la producción del fondo de los valles y de las laderas inmediatas a los mismos. Desgraciadamente nuestro desconocimiento de la etapa anterior nos impide realizar cualquier precisión sobre el tema, planteándose este esquema de comportamiento de las colectividades de la época a manera de hipótesis de trabajo.

Los bosques irían desapareciendo en un primer término de los fondos de los valles y de las laderas de menos pendiente relegándose hacia las zonas abarrancadas de gran pendiente. En un segundo momento desaparecerían de las zonas más elevadas, deforestadas con relativa facilidad gracias al fuego y a los suelos tan livianos que ostentan, y a lo largo

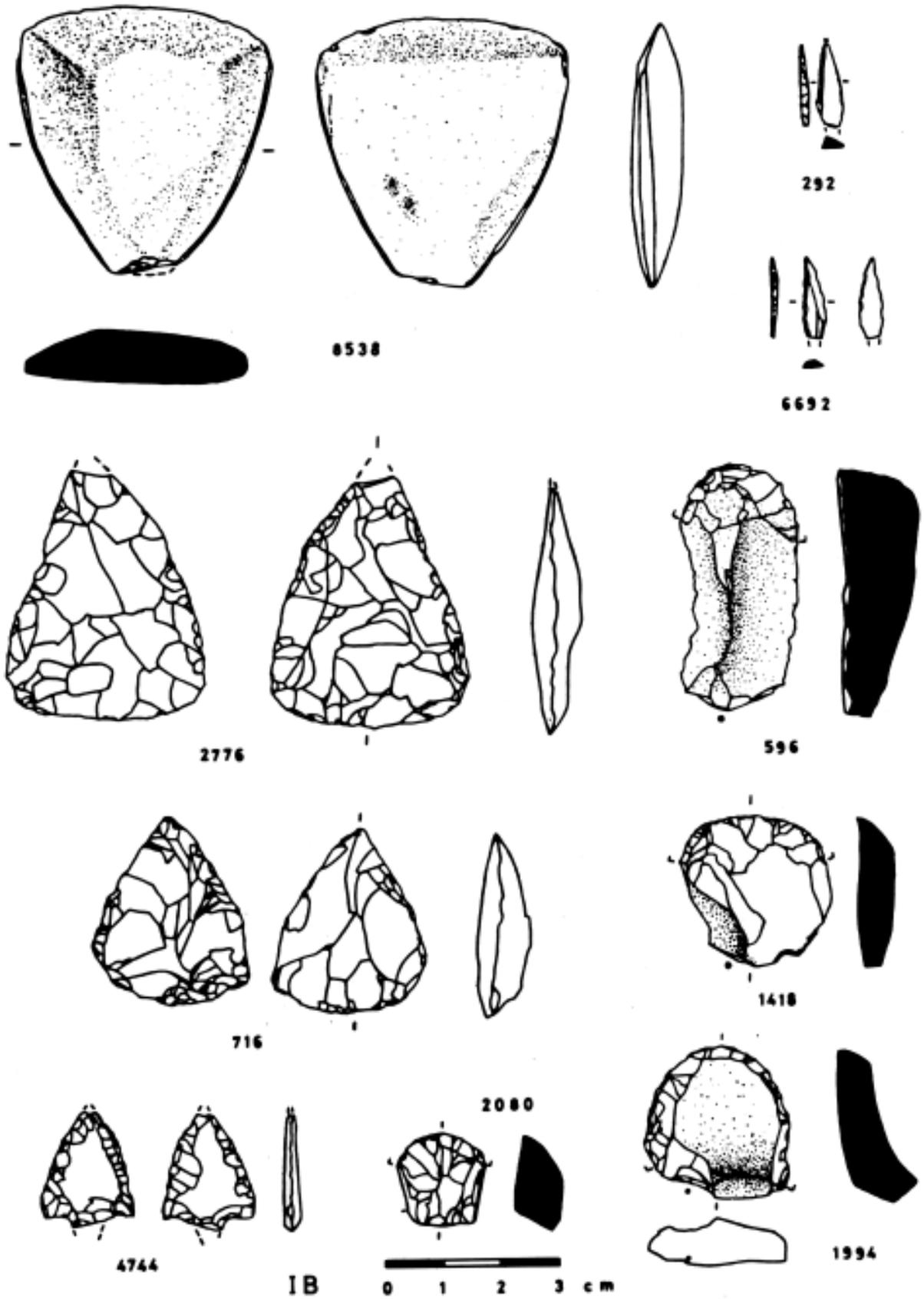


Fig. 10. Muestra de material arqueológico del poblado de Iiso Betaio (Artzentariz-Garape, Bizkaia).

de los cordones secundarios por donde realizarían un cierto movimiento estacional de los rebaños desde las zonas más elevadas a zonas de ladera o pequeños valles encajados en el relieve. Indudablemente el bosque sigue teniendo un papel importante como abastecedor de materias primas y de combustible e incluso para alimentar al ganado en ciertas épocas del año y por eso reconocemos un paisaje semejante al que pudo darse en la Prehistoria en algunas comarcas del país (aunque indudablemente con un bosque mucho más degradado por la acción humana).

Un signo evidente de este proceso de actuación en profundidad sobre el medio geográfico lo tenemos en la fauna asociada a los niveles sepulcrales y de habitación de diferentes yacimientos de Euskalherria (v. ALTUNA, J. 1980). En ellos observamos cómo durante el Neolítico el número de restos de animales correspondientes a las especies salvajes globalmente consideradas es del 47% y a los animales domésticos el 49%. Esto nos indicaría no sólo que se recurre a la caza como actividad complementaria que proporciona recursos alimenticios sino que al tiempo que se destruye el medio vegetal se destruyen las especies asociadas a él. Sería por lo tanto el indicio de esta expansión de la superficie dedicada a tierras de labor y pastizales. En la etapa siguiente, Calcolítico (y no entramos a discutir la caracterización cultural de los yacimientos pues nos parece que para una interpretación global es suficientemente significativo) los animales domésticos suponen el 73%, lo que podría indicar que el proceso continúa pero a un ritmo menor. Finalmente en la Edad del Bronce podemos observar que el proceso se ha culminado puesto que los restos de animales salvajes representan el 3% frente al 95% de especies domesticadas. Este proceso de ocupación del medio natural para la realización de actividades agrícolas y ganaderas culminaría por lo tanto en la primera mitad del segundo milenio a. de C. aunque a largo plazo el proceso de transformación del medio continúa. Resulta significativo comprobar cómo los escasos monumentos relacionables en Bizkaia con la Edad del Hierro (cronlechs) se colocan en los márgenes del área megalítica anterior, lo que refuerza ese argumento de paulatina ocupación del medio natural.

BIBLIOGRAFIA

- ALTUNA, J.
1980 Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización. *Munibe* 32, 1-163.
- ALTUNA, J.; MARIEZKURRENA, K.; ARMENDARIZ, A.; DEL BARRIO, L.; UGALDE, T.; PEÑALVER, J.
1982 Carta Arqueológica de Guipúzcoa. *Munibe* 34, 1-242.
- APELLANIZ, J.M.
1975 El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe* 27, 1-136.
- ARANZADI, T.; BARANDIARAN, J.M.; EGUREN, E.
1919 *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*. Diputación de Guipúzcoa, 1-51 + 29 láminas. San Sebastián.
- ARMENDARIZ, A.
1987 Excavación de la cueva sepulcral Iruaxpe 1 (Aretxabaleta, Guipúzcoa). *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 39, 68-92.
1988 Problemas sobre el origen del megalitismo en el país vasco. En *El megalitismo en la península ibérica*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- BARANDIARAN, J.M.
1962 Los hombres prehistóricos de Vizcaya. En *El Prehistórico y El Arte rupestre en España*, 9-62 + 15 fot. Bilbao: Junta de Cultura de Vizcaya.
1966 Exploración de Aizkomendi. Desmonte de la parte meridional del túmulo. *Estudios de Arqueología Alavesa* 1, 27-40.
- GORROCHATEGUI, J.
1977 Catálogo de talleres líticos del centro-oeste de Vizcaya y extremo oriental de Santander. *Kobie* 7, 45-68.
- GORROCHATEGUI, J.; YARRITU, M.J.
1984 Carta arqueológica de Vizcaya. Segunda parte: materiales de superficie. *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 9, 1-232.
- MARCOS, J.L.
1982 Carta arqueológica de Vizcaya. Primera parte: yacimientos en cueva. *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 8, 1-244.
- MARIEZKURRENA, K.
1979 Dataciones de radiocarbono existentes para la prehistoria vasca. *Munibe* 31, 237-255.